

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Martes, 19 de Enero de 2010

Siete temporadas más tarde...

Una recopa, una supercopa, una megacopa... todavía debatimos sobre cómo es. El parto tuvo lugar un domingo a medio día. Como bien nos dijo el doctor, fue niña. Y pesó lo suyo. Dicen que los recién nacidos vienen con un pan debajo del brazo. Ella vino con cerveza, con mucha cerveza. Fueron casi siete años largos de noviazgo. La paciencia, la perseverancia y la fe terminaron por dar sus frutos. Ni se le parece al padre, ni a su madre. Es una criatura extraña, pero es la más querida por nuestra familia. Muchos la estaban soñando desde hacía años. Otros, nunca vieron la posibilidad real de conseguirla. Lo cierto es que fue un parto muy complicado. Y apunto estuvo de esfumarse en nuestras propias manos. Pero saboreamos la miel del éxito.

Tiene mucha miga que quien escribe de esto, no tenga ni idea de fútbol-sala. Bueno, soy el entrenador del equipo, pero como si fuera el carpintero... aún no me he enterado de qué va esto. Eso sí, he llevado al equipo a su primer éxito importante. No me pregunte cómo. Solo sé el cuándo y el por qué. Para mí que esto ya estaba marcado en el destino, porque ni nos hemos enterado. No ha sido fácil caminar. Nunca es fácil hacerlo. Y como un buen cronista que yo conozco decía hace ya un año... nuestro barco surca los mares plagados de tiburones y escualos dignos de respeto, pero nuestra lucha y nuestro coraje son superiores a sus fuerzas. Esa ha sido la clave de este éxito.

Cuando formamos el equipo, casi por casualidad, porque no estaba planeado ni nada de eso, yo todavía jugaba algo bien al fútbol-sala. La verdad es que tenía muchas ganas de triunfar y disfrutar con mis amigos. Pero creo que algo le debí hacer al fútbol, algo que lo enfadara, porque desde ese año, 2004, nunca levanté cabeza. El fútbol caía sobre mí como una enorme losa, que la aguantaba cada vez con menos fuerzas. Me fui apagando como una vela que se consume con el paso del tiempo, y que finalmente termina apagándose. Las ganas de intentarlo de nuevo me abandonaron definitivamente en febrero de 2009. Fue justo cuando decidí que ya no volvería más a jugar en una pista de fútbol sala, al menos en competición oficial. He de decir que fue una de las más duras decisiones que nunca he tomado. Sé que por muy mal que lo hiciera, por muy malas temporadas que tuviera, nadie me iba a reprochar nada. Pero cuando quien reprocha es el interior de uno, no hay más remedio que hacerse caso y tomar la decisión más correcta que se crea conveniente. Los rumores decían que, si bien yo no sería jugador para esta próxima temporada, sí sería el entrenador, aunque fuera de forma simbólica. Pero creo que los símbolos, mejor para las señales de tráfico. Nunca pensé que esto de entrenar fuera tan fatigoso. La tarea no era fácil. Y en cierta medida, fue un reto que decidí asumir, no sé si como una última oportunidad al fútbol-sala, o como un motivo personal para seguir aportando a este equipo. Tengo que decir que en julio-agosto, yo no confiaba en mí para dirigir el equipo. Y esto no se lo he contado a nadie, pero tenía decidido que si resultaba que durante las primeras jornadas el equipo era un desastre, iba a renunciar al cargo. Pero no creo que las cosas hayan ido nada mal. Es muy pronto todavía, pero puede que hayamos tenido uno de los mayores aciertos como equipo: mi abandono como jugador y mi elección como entrenador. Aunque, ya se sabe, una máquina no funciona si sus piezas se rompen o no rinden. Hemos logrado reunir un equipo que yo considero el más equilibrado de todos lo que hemos tenido. Y no hemos roto con nuestra filosofía: se fichan personas y no jugadores. Otra de las claves del éxito: la compenetración deportiva va de la mano de la compenetración personal. Pero sobre todo, hemos logrado crear un núcleo sólido, firme y comprometido. Sin buenos cimientos, cualquier edificación no resiste la más mínima tormenta. Nuestros cimientos creo que son de los mejores que se pueden tener. Por eso, cualquier tormenta que nos llegue no supondrá ningún riesgo importante para nosotros. Porque estamos muy por encima de ella.

El éxito comenzó en Bolivia. A mí me gustaría que hubiera comenzado más cerca, pero no, comenzó allí. Y teníamos un cierto miedo. El fantasma del partido de liga rondó mucho por nuestras cabezas desde que sabíamos que nos íbamos a enfrentar a ellos. Me gustan las películas de terror. Sobre todo, si terminan bien. En liga no acabó precisamente bien, pero ahora, en la secuela, era natural que el final fuera feliz. No sé si los bolivianos están muy acostumbrados a presenciar desfiles militares. Pero el equipo siguió el ritmo que marcaba el Mariscal, y como las murallas de Jericó, la resistencia boliviana cayó al son de las siete trompetas. Todavía hay bolivianos esperando sacar de centro. Se rumorea que ellos nos tocaron una de sus trompetas. Bien nos podrían haber tocado otra cosa... pero no les sirvió de mucho. Además, yo ando un poco sordo por mi otitis aguda. Quizás por eso, no lo terminé de escuchar bien.

A mí los carpinteros me dejaron de dar miedo un día de noviembre en el Bernabeu. Pacté con el diablo, buen amigo mío por cierto, a ver si luego escribo algo sobre nuestra amistad y nuestras discusiones con Dios... Bueno, a lo que iba, que pacté con el diablo... media hora de fútbol a cambio de un par de pilas viejas que tenía yo detrás de unos libros. Bueno, hice buen negocio. Les marqué dos goles a los carpinteros. Hasta un pellejo podría haber marcado... ¿o marcó también? Bueno, no lo sé, pero da igual. Lo cierto es que los cuartos nos los íbamos a jugar contra una carpintería. Y aunque a nosotros nos patrocina un carpintero... pues Jesús era carpintero... no las teníamos todas con nosotros. Y en ese partido había elementos que me daban miedo, mucho miedo. Había un señor que se parecía mucho a Canduterio. Había uno que sonaba feo... matar... mato... Mati... Bueno, algo habría que hacer. En esta ocasión tocamos el *Sitio de Zaragoza*... porque la verdad es que estuvimos mucho tiempo sitiados. Pero nuestros ataques llevaban veneno. Y la santísima trinidad brilló en el marcador.

No sé qué me pasa, pero con las berenjenas no puedo. También nos habíamos enfrentado a las Conservas anteriormente, pero claro, en esa ocasión yo estaba muy resfriado y no olía. Pero en esta ocasión... las berenjenas me hipnotizaron. Nos tocó asediar a nosotros, pero entre el olor a berenjena y las lluvias, llegamos con la pólvora mojada y poco pudimos hacer. Era una pequeña final, y la perdimos. Tiempo habrá para ganarla. Y la grande si hace falta también. Fue un partido infame, con planetas de por medio. Un Space Jam, sin space y sin jam.

Andorra... ¡qué país! ¡qué lengua! ¡qué cultura! ¡qué historia! ¡qué... qué infamia! Nos dijeron que los alemanes se habían ido al país de los Pirineos a esquiar. Era obvio... a los Pirineos o se va a esquiar, o a pasar de contrabando algo. No creo que se vayan a los Pirineos a tomar el sol. Como la concentración para la semifinal nos fue mal, opté por la táctica contraria... la desconcentración. Y como si fueran uno a uno los siete pecados capitales, daban las siete campanadas del reloj cuando cerré la puerta de mi casa. Quedaban... cinco horas para el partido del tercer puesto. Confiados en que no íbamos a jugar, acudimos al pabellón. Pero, curioso lo de los vehículos alemanes. Son capaces de hacerse invisibles en el momento más inoportuno... y hacerse visibles, cuando menos conviene que se hagan. Bueno nosotros no éramos cualquier equipo. Éramos el Sport Team

Jeyma. Mucho respeto. Cero títulos, cero trofeos, cero vitrinas. Al menos, no nos gastábamos ni un céntimo en limpiar nada. Pero nos empeñamos en tener algo que limpiar. No se lo cuenten a nadie. Pero la victoria contra German responde a un complot secreto: sabíamos que la copa era enorme y pesaba mucho. Pensamos en comprar unas vitrinas endebles para que cuando el Presi pase por debajo, se rompa y le caiga a plomo. Es un sabotaje... un magnicidio, un golpe de Estado a través de un golpe de tres pares de huevos. Y eso fue lo que el equipo le echó al guiso. Tres pares de huevos. Y se ganó a los vehículos alemanes. Si Alonso lo hizo en su día... cómo íbamos nosotros a ser menos.

El duelo de gladiadores enfrentó a Toni, nuestro ariete, con Álvarez... *el negro*. Suerte que llegó éste último a la final, si no, el campeonato de gladiadores lo hubiera ganado nuestro caballo ganador. Pero no deja de ser injusto que solo los puntos decidieran el combate. El número clave era el siete, y ninguno de ellos llegó hasta él. Una lástima.

Y el Gran Capitán levantó el trofeo. El Gran Capitán le dijo al Presi un día de mayo de 2003 que si hacíamos un equipo para no perder nuestra amistad el grupo de catequesis. Seis años y ocho meses después, el Gran Capitán le dio al Presi el fruto de esa deliciosa locura. Una copa del tercer clasificado no es un logro muy importante. Pero para nosotros, es lo más grande que puede haber. Vendrán otras, llegarán más triunfos, de ello estoy convencido, pero ninguno será tan grande, tan importante y tan valioso como éste. Ahora han merecido la pena aquéllas temporadas en las que solo encajábamos goles. Y ahora, este proyecto brilla como siempre, como nunca lo ha dejado de hacer. Sabíamos que éramos los mejores. Seguimos siendo los mejores. Y lo seguiremos siendo mucho tiempo. El tiempo que se empeña esta tripulación en dirigir nuestro barco, sea cual sea el puerto que toque saquear.

ENHORABUENA A TODOS LOS JEYMEROS. EL FUTURO ES NUESTRO. DISFRUTÉMOSLO.

SPORT TEAM JEYMA. TERCER CLASIFICADO COPA NAVIDAD 2009-2010. Vv.

